

LA NAKBA PALESTINA Y UN ANÁLISIS DECOLONIAL DE PALESTINA-ISRAEL

ARTICLE

Jorge Ramos Tolosa *

Existe un proverbio judío que vendría a decir que “los nuevos problemas nos hacen olvidar los viejos problemas”. Entre otros elementos, este aforismo nos recuerda que es necesario ir al origen del problema, a su raíz. En lo que se refiere a Palestina-Israel o Israel-Palestina, numerosos análisis, propuestas políticas y relatos tienden a explicar que se trata de un conflicto entre dos partes, en mayor o menor medida simétricas, que luchan por el mismo territorio. En este marco, generalmente se establece como momento histórico fundamental la Guerra de Junio de 1967 o Guerra de los Seis Días y lo ocurrido a partir de ese momento, especialmente en los denominados “territorios ocupados” palestinos (Cisjordania, Franja de Gaza y Jerusalén Este). Asimismo, se pueden encontrar con frecuencia discursos que establecen que se trata de un conflicto de carácter religioso, la punta de lanza o zona nuclear del “choque de civilizaciones” o una cuestión que se retrotrae 2.000 años atrás y resulta prácticamente irresoluble debido a elementos como un supuesto odio congénito entre personas judías y musulmanas.

Sin embargo, la comprensión del origen y de la raíz de este problema internacional debe dejar de lado estas interpretaciones que durante tanto tiempo han sido y son hegemónicas en numerosos ámbitos del Norte Global. Israel-Palestina es prioritaria –aunque no únicamente– una cuestión de colonialismo de asentamiento activo desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. Por tanto, es una problemática exclusivamente contemporánea. Aunque existan relevantes factores religiosos, ya que nos encontramos en la conocida como Tierra Santa y distintos actores utilizan diferentes religiones –o lo que en el Atlántico Norte se entiende mayoritariamente como religiones– como un elemento identitario, legitimador y movilizador fundamental, no se trata de un enfrentamiento religioso, sino político. A pesar de los relatos sionistas maximalistas, sionistas cristianos y de otros sectores, Palestina-Israel tampoco es la expresión o una parte de un supuesto “choque de civilizaciones” o de culturas. Del mismo modo, tampoco existió, ha existido, ni existe un presunto odio congénito o inherente entre personas judías y musulmanas.

El *fons et origo* cabe situarlo en la Europa de las últimas décadas del siglo XIX. Fue entonces cuando surgió el movimiento sionista, un tipo de nacionalismo creado por una minoría de personas judías europeas asquenazíes con el apoyo de ciertos elementos cristianos en un contexto de efervescencia judeófoba, imperialista y nacionalista. Su *raison d'être* era que la

* doctor en Historia Contemporánea, profesor de Historia Contemporánea en la Universitat de València y docente del Curso Internacional “Epistemologías del Sur” del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y del Centro de Estudos Sociais da Universidade de Coimbra (CES)

única solución a lo que ellos consideraban el “problema judío”, es decir, la falta de asimilación, así como la discriminación y la persecución de comunidades y personas judías europeas, era la creación de un hogar o patria nacional exclusiva o mayoritariamente judía. Aunque se trataba de un movimiento europeo influido por otros nacionalismos de la época, el sionismo era un “nacionalismo sin territorio”, por lo que acabó predominando la vía del colonialismo de asentamiento en Palestina, habiendo barajado otros territorios. Es necesario recordar que ni el sionismo, ni posteriormente el Estado de Israel, representaron, ni representan, al judaísmo ni a las personas o comunidades judías. De hecho, hasta bien entrado el siglo XX, la mayoría de personas judías o eran no sionistas o eran antisionistas, y hoy existen numerosos grupos e individuos judíos laicos y religiosos que lo siguen siendo. Por cierto, mientras que muchos de estos colectivos y personas de carácter laico se identifican y/o trabajan por el antirracismo, el antifascismo y el cumplimiento de los Derechos Humanos, el primer ministro Netanyahu e incontables organizaciones sionistas son estrechos aliados de gobiernos y partidos de extrema derecha o neofascistas.

Como cualquier otro proyecto moderno-contemporáneo colonial europeo, el movimiento sionista establecía y establece una línea abismal entre el sujeto colonizador blanco, que se erige a sí mismo como portador de la civilización y el progreso, y el sujeto autóctono no blanco, en este caso palestino, representante de la barbarie y el atraso. La construcción de la antítesis o el binomio civilización-barbarie, progreso-atraso, sujeto-objeto o diversidad-homogeneidad, tan estudiada desde Aimé Césaire, Frantz Fanon, Edward Said, los estudios poscoloniales, decoloniales y las epistemologías del Sur, que se tradujo y se traduce en colonialidad del poder, del saber y del ser, fue y es clave en el proyecto concreto de colonialismo de asentamiento sionista. Del mismo modo, también lo fue en la construcción general del mundo moderno capitalista, colonialista y cisheteropatriarcal dominado por las epistemologías del Norte. Históricamente y en la actualidad, todo o gran parte del aparato hegemónico cultural, educativo, mediático y político ha establecido estas líneas abismales para justificar el proyecto “civilizadorio” blanco.

A finales de la centuria decimonónica y hasta 1917-1922/1923, Palestina pertenecía al Sultanato Otomano y no constituía un territorio diferenciado administrativamente. Prácticamente la totalidad de su población era árabe, según el criterio identitario cultural-lingüístico. El territorio se caracterizaba por la pluralidad y la tolerancia, no habiendo problemas de acceso a los Santos Lugares de las tres religiones monoteístas. Respecto a la población, entre 1850 y 1880, alrededor de medio millón de personas vivían en Palestina, un territorio de unos 27.000 kilómetros cuadrados. En torno a un 3% era judía, un 11% cristiana y un 86% musulmana, la inmensa mayoría sunní. También existían exiguas minorías drusas, musulmanas chiíes o gitanas. En este escenario multiétnico y multirreligioso, sin conflictos intercomunitarios relevantes entre personas musulmanas, cristianas y judías, se debe realizar una pregunta clave: ¿Cómo conseguir que un territorio con un 97% aproximadamente de población no judía se convirtiese en un Estado exclusiva o mayoritariamente judío? Aunque nada estaba predeterminado, la historia no es lineal y siempre está sujeta a variables abiertas, es obvio que difícilmente se podía alcanzar este objetivo último del movimiento sionista sin la segregación y/o la expulsión de al menos la mayoría de la población nativa no judía.

El movimiento sionista fue consolidándose a través de la creación de una nueva identidad nacional, de diversas oleadas colonizadoras y de la construcción en Palestina de asociaciones, bancos, centros educativos y religiosos, colonias como Tel Aviv –creada en 1909 al norte de la milenaria ciudad palestina de Jaffa– y como los *kibutzzim*, comercios y empresas de todo tipo, espacios de ocio, organizaciones paramilitares, periódicos, sindicatos o universidades. En 1917 obtuvo el apoyo británico mediante la conocida Declaración Balfour. El Reino Unido pasó a controlar el territorio desde finales de aquel año y administraría el Mandato Británico de Palestina (1922/1923-1948) tras la derrota otomana en la Primera Guerra Mundial. El movimiento sionista, cuya vertiente mayoritaria en Palestina se consideraba socialista y estaba encabezada por David Ben Gurion, empezó a prepararse para el momento idóneo en el que llevar a la práctica su objetivo último de conseguir el mayor territorio posible con el mínimo de población nativa no judía.

El pueblo nativo palestino resistió de innumerables maneras a la colonización de asentamiento sionista, y desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta 1948, también al colonialismo de metrópoli británico. A partir de la misma década de 1880, la población nativa palestina puso en marcha diversas formas de protesta ante la colonización sionista, que contaron con la participación o el protagonismo de mujeres palestinas. A modo de ejemplo, ya en 1884, un grupo de personas agricultoras palestinas, en el que se incluían mujeres, protestó contra una colonia sionista de reciente creación próxima a la localidad palestina de Afula. Posteriormente vinieron numerosas peticiones a las autoridades otomanas, artículos en prensa, huelgas, manifestaciones, creación de organizaciones de mujeres como la Sociedad Ortodoxa de Ayuda (creada en Jaffa en 1903), fundación de periódicos, campañas no violentas de boicot, establecimiento de instituciones como el Congreso Árabe Palestino... Entre 1936 y 1939 tuvo lugar la Gran Insurrección Palestina. Este episodio histórico de resistencia palestina, impulsado entre otros por el Comité Superior Árabe, incluyó una huelga general de seis meses –considerada la de mayor duración hasta entonces en un territorio colonizado– y fue reprimida por las fuerzas mandatarias británicas y las organizaciones paramilitares sionistas.

Tras la Segunda Guerra Mundial llegó el momento que el movimiento sionista estaba esperando. El Reino Unido traspasó el problema a las recién creadas Naciones Unidas en 1947. Desde el principio, la ONU patrocinó desequilibrios que favorecieron al movimiento sionista. Violó su propia Carta negando la consulta y el derecho de autodeterminación de la mayoría de la población palestina y, con diversas presiones a Estados pequeños por parte de Estados Unidos, aprobó la partición de Palestina el 29 de noviembre del mismo año. Poco después se desencadenó una guerra civil en la que las fuerzas sionistas iniciaron la limpieza étnica de Palestina, que continuó después de que se proclamase la creación del Estado de Israel el 14 de mayo de 1948, de que finalizase el Mandato Británico de Palestina un día después y de que se desencadenase ese mismo día la Primera Guerra Árabe-Israelí. Fue lo que en árabe se conoce como Nakba, la catástrofe o el desastre.

Entre 1947 y 1949, cuando se firmaron los armisticios que pusieron fin a la Primera Guerra Árabe-Israelí, la Nakba hizo que Palestina cambiase completamente. La mayor parte de la Palestina árabe fue destruida: 615 localidades según los últimos estudios, incluyendo lo que

Sari Hanafi ha denominado un “espaciocidio” y lo que Nurhan Abujidi ha considerado un “urbicidio”. Casi dos tercios de su población no judía, unas 750.000 personas, fue expulsada de sus hogares y tierras y se convirtió en refugiada. Asimismo, el país fue desmembrado; el nuevo Estado de Israel se edificó sobre las ruinas del 78% de Palestina, mientras que (Trans)Jordania se anexionó Cisjordania y Jerusalén Este y Egipto pasó a administrar la nueva Franja de Gaza. En palabras de Mahmud Darwish, un “mapa de ausencia” en una “patria que no era una maleta”. Para la escritora italo-palestina Rula Jebreal, la Nakba fue “la catástrofe, el desastre, el apocalipsis [...] Es difícil de explicar, pero es algo que cada palestino siente en su interior, como una herida irreparable, como un cortocircuito en nuestra historia”. Después de más de medio siglo de esfuerzos colonizadores sionistas, había llegado la gran victoria: un territorio, como ordenó David Ben Gurión en 1948, “limpio y vacío de árabes” y en el que consideraba que “los viejos morir[í]an y los jóvenes olvidar[í]an”.

A partir de la Nakba se pondrían en marcha mecanismos legales para impedir a la población nativa palestina refugiada volver a sus casas, a pesar de que la Resolución 194 de la Asamblea General de la ONU en diciembre de 1948 reconoció su derecho al retorno. Además de ir de la mano de un “memoricidio”, esto significaba que se excluyó y se separó de su tierra a la mayoría de las personas autóctonas solo por no ser judías. Paralelamente, a través de las leyes de retorno (1950) y ciudadanía (1952), cualquier persona judía del mundo podía obtener la ciudadanía plena israelí solo por su condición judía, mientras que, solo por su condición no judía, a la mayor parte de la población palestina se le negaba este derecho y volver a sus hogares. Además, a la minoría de personas palestinas que no habían sido expulsadas durante la Nakba y que quedaron dentro de las líneas de armisticio israelíes, se les impuso la ley marcial hasta 1966. En resumen, en ambos casos, se establecieron diferentes mecanismos legales de separación, desposesión o represión entre la población que vivía bajo un mismo Estado solo por su condición de judía o no judía, por lo que puede considerarse un tipo de política de apartheid y una forma de “etnocracia”, tal y como ha sostenido Oren Yiftachel. Por tanto, en la búsqueda del objetivo último sionista –máximo territorio con el mínimo de población no judía– la limpieza étnica y el apartheid, dentro del marco de proyecto sionista de colonialismo de asentamiento, fueron y han sido claves en la creación y la consolidación del Estado de Israel.

La Nakba palestina supuso un punto de inflexión, pero a su vez puede entenderse como un presente continuo o eterno. En la actualidad, más de 5 millones de personas refugiadas palestinas son atendidas por la UNRWA, a las que cabe sumar varios millones más. A todas ellas se les sigue negando el derecho al retorno. La Nakba de la actualidad también se concreta en una infinitud de situaciones cotidianas para la población palestina; entre ellas, a modo de ejemplo, las decenas de leyes discriminatorias y de segregación que afectan a la minoría palestina con ciudadanía israelí; los distintos procesos de endocolonización, dromocolonización, fragmentación territorial y obstáculos a la movilidad, ocupación militar y control biopolítico y necropolítico en los cuerpos y territorios de Cisjordania, Jerusalén Este y la Franja de Gaza, siendo un laboratorio de pruebas de la industria armamentística, de securitización y de tecnología global –y un factor clave en la perpetuación de este denominado “conflicto”–; el bloqueo y los bombardeos periódicos sobre la Franja de Gaza y los asesinatos y disparos contra personas campesinas y pescadoras de este territorio; el hecho de que el Estado de Israel haya

sido condenado oficialmente por el Consejo de Derechos Humanos de la ONU en más ocasiones que ningún otro Estado del mundo; o todo lo que supone que entre el año 2000 y el 2018, las fuerzas y colonos israelíes hayan asesinado a más de 2.000 niñas y niños palestinos.

Asimismo, diversos planteamientos decoloniales pueden proporcionar claves para comprender, desde las Epistemologías del Sur, una problemática que estuvo y sigue estando en el centro de la agenda política internacional. Decolonizar Palestina-Israel, o utilizar una perspectiva decolonial, puede tener múltiples significados e incluir numerosas propuestas. De hecho, uno de los pilares del pensamiento decolonial y de las epistemologías del Sur es el diálogo, la diversidad, la pluriversalidad y los conocimientos rizomáticos, circulares o en espiral frente al tótem monolinguista, homogeneizador, universal, dual y basado en líneas abismales del pensamiento hegemónico eurocentrado. Decolonizar significa escuchar profundamente, conocer y practicar el Sur a partir de perspectivas y experiencias pluriversas que cuestionen el monopolio epistémico del Norte Global; en términos de Chandra Talpade Mohanty, a través de puntos de vista distintos a *los ojos de Occidente*.

Dejada atrás la perspectiva teórica cartesiana que desvinculaba al sujeto cognoscente de todo contexto espacio-temporal y que construía un binomio entre sujeto y objeto, un análisis decolonial debe situarse y posicionarse epistemológicamente, como señaló Donna Haraway. Del mismo modo, cabe deconstruir tanto la separación dominante sujeto-objeto como la de teoría-práctica. El conocimiento siempre es situado, ilimitado y no acabado, enmarcándose en una inmensa pluriversalidad epistémica, de voces y de perspectivas. En concreto, mi situación está marcada por diversos privilegios: hombre, blanco y académico. Soy consciente de “poder hablar” y de “tener el permiso de narrar”, como escribiría Edward Said. Al tiempo, (re)conozco mi lugar e índole privilegiada en la “geopolítica del conocimiento”. Sin embargo, pretendo deconstruir esta condición y establecer un diálogo abierto, continuo, contrastado y con rigor, pero rechazando hablar en nombre de una supuesta, vana y presuntuosa objetividad. Intento plantear, dentro de lo posible, un análisis decolonial que reclame no tanto estudiar *sobre, para o por* sino más bien estudiar, trabajar y compartir *con y a partir de* las epistemologías, las experiencias y las luchas del Sur Global, como explica Maria Paula Meneses y Boaventura de Sousa Santos, en este caso palestinas.

Esta propuesta de análisis decolonial intenta trabajar tanto desde la pluriversalidad epistémica como *desde abajo y desde la horizontalidad*. Considero que esto implica que no solo se puede investigar de o sobre arriba (de las personas líderes, las instituciones y los grandes hechos y organizaciones políticas, sobre los que se han realizado y se realizan importantes estudios con distintas perspectivas), sino también, y especialmente, desde abajo, es decir, desde los sujetos anónimos –especialmente mujeres y personas no privilegiadas por el dominio cisheteropatriarcal– y desde las vidas anónimas y cotidianas o desde las experiencias y resistencias simbólicas. Al mismo tiempo, supone cuestionar los análisis desde arriba atravesados por la verticalidad del conocimiento y la colonialidad del poder y del saber, por lo que debe evitarse el determinismo, el esencialismo, el paternalismo y el romanticismo. De este modo, tiene que explicitarse que, por supuesto, el trabajo con y desde el pensamiento decolonial

y las epistemologías del Sur no significa que no existan conflictos, contradicciones y opresiones internas en las sociedades del Sur Global. En el Norte hay “sures” de la misma manera que en el Sur hay “nortes”, aunque una línea abismal divide a ambos y operen numerosos marcadores. Estos últimos factores nos llevan a destacar la importancia del análisis interseccional y de la visibilización de las distintas exclusiones existentes dentro y fuera de Palestina.

En definitiva, es clave comprender que una decolonización epistémica de Palestina-Israel puede pasar por *atender a, arrancar desde o articularse a partir de* las cosmovisiones o voces pero también las emociones, experiencias o prácticas de los sujetos colonizados, en este caso, palestinos, como es el caso de todo lo que envuelve al concepto generalmente transcrito del árabe como *sumud*. En este punto, debe tenerse en cuenta que en numerosas ocasiones estas no se expresan ni a través de la cultura escrita ni, por supuesto, mediante formatos académicos. Al contrario que lo que tradicionalmente han sostenido las epistemologías del Norte, sea explícita o implícitamente, es necesario subrayar que los saberes que no han sido escritos ni grabados tienen el mismo valor que los que sí lo han sido. Se pretende, así, ofrecer perspectivas para que puedan emerger diálogos y propuestas decoloniales que visibilicen las ausencias, reivindiquen las emergencias y puedan co-construir una ecología de saberes. Igualmente, a pesar del proceso activo de colonialismo de asentamiento, apartheid, limpieza étnica y ocupación militar, se puede mostrar cómo desde espacios del Sur Global como este se ha venido y se está “r-existiendo”, “(re)existiendo” o aplicando la frase de que “existir es resistir”.